

## EL NIÑO Y LA MUERTE

Victoria Eugenia Díaz

*...En el curso de nuestra existencia vemos desaparecer para siempre la belleza del rostro y el cuerpo humanos, mas esta fugacidad agrega a sus encantos uno nuevo. Una flor no nos parece menos espléndida porque sus pétalos sólo estén lozanos durante una noche...*

Sigmund Freud (Lo percedero)

### I. *La muerte de un niño.*

Al proponer el tema del niño y la muerte, se encuentra una reacción común en los oyentes, que quizás no permita atender con claridad. Es posible también, que haya muchos que no quieran siquiera escuchar. Pero hemos sabido que no siempre este tema estuvo rodeado del horror que actualmente genera. En el recorrido por la historia de la muerte del niño, hemos encontrado grandes cambios que en el fondo hablan del lugar que el niño ha ocupado en cada época.

Ocuparse de la historia de la infancia implica una lectura puntual del lugar del niño en cada período. Por ahora, abordaremos el tema de la muerte de un niño en la Modernidad.

La Modernidad es un período de grandes cambios que tocan la estructura social y la individualidad. Como consecuencia de esto, la familia adquiere un nuevo estatuto que transforma las relaciones internas con el niño. La familia moderna se separa de la sociedad y se resguarda en su intimidad. El niño adquiere un lugar central en esta estructura y pasa a ser el personaje más importante de la vida cotidiana. El interés primordial es el cuidado, la educación y el aseguramiento del porvenir de todos los hijos.

La mentalidad de la Modernidad pasó de ubicar al niño como deshecho, a darle un estatuto como sujeto, como sexuado, como pensante. El hijo ingresa a la familia como valor que representa para la madre y el padre algo particular. Es esperado con un nombre, con una serie de significantes que lo aguardan en el mundo y hablan de los ideales que los padres tienen con relación a él. Ocupa, además de la dimensión significativa, un lugar en el deseo del Otro que determinará su posición en la estructura familiar. Plantea Estela Solano: " (...) hay otro estatuto del niño previo al nacer, a la venida al mundo de cualquier ser y ese estatuto no es otro que el de objeto del deseo de la madre". (1)

En las "Dos notas sobre el niño", J. Lacan plantea tres lugares que el niño puede entrar a ocupar en la estructura familiar a partir de cómo se ubica con respecto a ser objeto de deseo del Otro: el niño como síntoma –de la verdad de la pareja parental–; el niño como objeto –condensador de goce del Otro– y el niño como falo –identificado con el objeto imaginario del deseo del Otro–.

En este texto, plantea Lacan: "El niño satura, sustituyendo ese objeto, el modo de falta en el que se especifica el deseo (de la madre) sea cual sea su estructura especial (...)"(2). El niño como objeto de deseo de la madre, viene a ocupar el lugar de la falta en ser estructural de ésta, colmando el vacío y cerrando el acceso a la pregunta por su ser como mujer. La saturación de la falta de la madre por parte del niño produce una sensación de plenitud en ella que tendrá un devenir particular a partir del ingreso o la ausencia del significante del Nombre del Padre.

Este significante de la ley dialectiza la unión entre el niño y la madre. Ya el niño no está en una confrontación directa con el Deseo de la Madre pues hay un tercero que media la relación y da una nueva significación a este deseo. Pero este advenimiento por parte del niño a la ley significante, realizado a través de la castración simbólica, marcará para él una pérdida del objeto que lo define como ser en falta. El objeto entonces no será objeto de satisfacción de una necesidad, sino objeto perdido y nunca encontrado en los avatares del deseo. No hay pues relación armónica con dicho objeto, sino una falta con la cual cada sujeto se enfrenta en su existencia.

El sometimiento a la ley de la castración implica al sujeto el ingreso al orden del deseo y una falta en ser que lo confronta con su destino de ser para la muerte. Entrar al orden del lenguaje pone a un sujeto frente al amor, la sexualidad y la muerte como efectos del vacío instaurado por la castración. Ésta impone a un sujeto una relación directa con su final porque ha sido marcado como ser para la muerte; y con la desaparición del otro, en tanto sujeto en quien se intenta satisfacer el anhelo de protección y compañía. La muerte propia, o la muerte del otro amado, remitirán entonces siempre al humano a su propia castración como pérdida primordial.

Preguntarse qué significa perder a un hijo, implica preguntarse qué lugar ocupa ese niño en el deseo de quien lo pierde. La respuesta variará según el diferente estatuto que el niño tenga para cada sujeto, padre o madre, y según el lugar que ocupe en esa estructura familiar particular.

Ginette Raimbault nos aporta su lectura sobre este tema:

Perder a un hijo no siempre es sinónimo de duelo. El niño puede ser investido igualmente no por el amor sino por el odio y ser blanco de una agresividad que apunta a él de manera completamente específica. (3)

Pero más allá de lo particular, Freud nos plantea el proceso que generalmente se vive ante la muerte del ser amado. En "Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte", nos remite al encuentro del hombre primordial con la muerte. Plantea cómo la muerte de un ser amado lo confrontó con que no sólo su enemigo podía morir. El dolor frente a esta situación lo llevó a rebelarse contra ella pues la persona amada representaba un trozo del propio yo lo que lo enfrentó con la posibilidad de su propia muerte. Por otra parte, esta muerte también le era grata pues este ser representaba también algo ajeno y extraño para él. La perdurabilidad del recuerdo del muerto fue el origen de la creencia en los espíritus, quienes a causa de los sentimientos hostiles inconscientes, fueron primero malvados demonios a los cuales había que temer y agradecer.

Con respecto al hombre actual, el sentimiento es esencialmente el mismo: el ser amado hace parte del propio sujeto y su muerte implica morir un poco con él. Pero este ser también despertó alguna vez sentimientos hostiles, explicados por la ley de la ambivalencia de los sentimientos, los cuales suelen generar culpa en el doliente. El sentimiento predominante ante la muerte del ser amado es el derrumbamiento psíquico que implica el duelo y que conlleva una serie de procesos psíquicos, somáticos y culturales. El duelo es un momento doloroso que generalmente se resuelve con el tiempo al hallar objetos a los cuales ligar el afecto que se tenía perdido. Plantea Freud:

El duelo intenso, reacción a la pérdida de un ser amado, integra un doloroso estado de ánimo, la cesación del interés por el mundo exterior –en cuanto no recuerda a la persona fallecida-, la pérdida de la capacidad para elegir un nuevo objeto amoroso –lo que equivaldría a sustituir al desaparecido- y el apartamiento de toda actividad no conectada con la memoria del ser querido. Comprendemos que esta inhibición y restricción del yo, es la expresión de su entrega total al duelo que no deja nada para otros propósitos e intereses (...) El examen de la realidad ha mostrado que el objeto amado no existe ya y demanda que la libido abandone las ligaduras con el mismo. Contra esta demanda surge una oposición naturalísima, pues sabemos que el hombre no abandona gustoso ninguna de las posiciones de su libido, aun cuando les haya encontrado ya una sustitución. (4)

El niño que ha muerto conserva un lugar en el discurso de los padres, para quienes puede aparecer como un ser idealizado que se sostiene en el entorno muchas veces en detrimento de otros hijos. El proceso de elaboración del duelo también puede llevar a que los padres lleguen a recordar al niño con todas sus facetas y sin el intenso dolor inicial.

La muerte de un hijo confronta a los padres con su propia falta en ser estructural que el niño, como objeto de deseo, ha velado. Se renueva, a partir de la muerte del otro, el encuentro con la propia castración como pérdida fundamental. Así como para el hombre primordial, el encuentro con el cadáver del ser amado lo confrontó con que también él podía morir y lo inició en la reflexión con respecto a la vida y la muerte, la confrontación de los padres modernos con la muerte de su hijo, les evidencia esa verdad siempre negada de la

propia mortalidad. La reflexión se impone alrededor de la pregunta por la muerte de sí y por la propia vida que les plantea un nuevo vacío.

La pérdida de un hijo evidencia los ideales que habían sido puestos en él y que retornan a los padres sin realización, confrontándolos muchas veces con su propio fracaso. Pero, es importante anotar, cómo en la vida de una madre o un padre, el hecho de haber concebido un hijo, el haberlo tenido poco o mucho tiempo, deja una huella que permanece a pesar de su muerte, y que implica una marca subjetiva que va más allá de los ideales no realizados por ese hijo.

En la particularidad de cada familia, el niño ha sido puesto en distintos lugares que se tambalean con su muerte. En el caso del niño-síntoma que aborda Lacan en las "Dos notas sobre el niño"; aquel que responde por la verdad de la desarmonía de la pareja parental y que muchas veces sostiene una unión que no funciona, deja con su muerte a dos seres confrontados con la realidad de su acompañada soledad y de su desencuentro fundamental que ya no tiene a que aferrarse.

Sobre la pérdida de un niño, propone Ginette Raimbault:

Un hijo es el sostén de nuestras esperanzas, las que nos sostuvieron durante nuestra vida, las que nos fallaron o aquellas a las que les fallamos. Es ese otro nosotros mismos que tendría la posibilidad de recomenzarlo todo y tener éxito allí donde fracasamos, allí donde no pudimos ir, en ese sueño que dejamos a un lado, en esa vida por la cual tanto nos sacrificamos (...) La muerte de ese niño nos remite a una realidad -la de ser: humano, sexuado, mortal- que a lo largo de su vida cada uno de nosotros intentó asumir evitar, eludir, desplazar por los caminos más diversos (...). (5)

En la familia moderna en la cual el hijo ocupa un lugar central y cada niño es considerado como insustituible, su muerte crea un caos en la estructura que se ha consolidado a su alrededor.

Esta actitud de la familia moderna ante la muerte de un hijo tiene relación directa con la actitud de la Modernidad frente a la muerte. Es ésta una época donde hay una lucha permanente de la ciencia a favor de la vida en el intento de contrarrestar el horror que genera una muerte que, a partir del deterioro del discurso religioso, ya no ofrece garantías de inmortalidad. La muerte "se ha convertido en algo vergonzoso que es causa de interdicto." (6) Al moribundo se le esconde, se le interna en centros hospitalarios y se le oculta la verdad sobre su muerte. Al muerto se le maquilla y embellece para presentarlo en elegantes salas de velación. La época moderna hace una negación del deterioro, del duelo y de todo lo que insulte al hombre en su carrera contra la muerte.

Esta exaltación de la vida tiene relación directa con la exaltación que la Modernidad hace del niño. Él es la promesa de tiempo, encarna la vida y el ideal de inmortalidad que el hombre quiere sostener, si ya no en la religión, sí en la ciencia y en la infancia. La imagen del niño omnipotente anula la idea de deterioro y el horror de la muerte. En "Introducción al Narcisismo", Freud nos hace una excelente descripción de la relación de los padres con el niño, marcada claramente por los ideales de la Modernidad:

La hiperestimación, que ya hemos estudiado como estigma narcisista en la elección de objeto, domina, como es sabido, esta relación afectiva. Se atribuyen al niño todas las perfecciones (...) y se niegan o se olvidan todos sus defectos (...) La enfermedad, la muerte, la renuncia al placer y la limitación de la propia voluntad han de desaparecer para él y las leyes de la naturaleza, así como las de la sociedad, deberán detenerse en su persona. Habrá de ser de nuevo el centro y el nódulo de la creación: *His Majesty the Baby*, como un día lo estimamos ser nosotros. Deberá realizar los deseos incumplidos de sus progenitores y llegar a ser un grande hombre o un héroe en lugar de su padre, o, si es hembra, a casarse con un príncipe, para tardía compensación de su madre. El punto más espinoso del sistema narcisista, la inmortalidad del yo, tan duramente negada por la realidad, conquista su afirmación refugiándose en el niño (...) (7)

La muerte del niño remite a los padres y a la cultura en general a esa verdad continuamente negada que es la muerte. El hombre no quiere morir, no se representa su propia muerte y en cambio inventa continuas formas de ser inmortal. Así, la religión le permitió durante siglos soñar la vida más allá de la muerte; la ciencia promete la prolongación de la existencia cada vez más allá de los límites impuestos por la naturaleza; los hijos encarnan el ideal narcisista de seguir existiendo en el ser del otro más allá del propio final.

Pero el niño también enferma, también muere. Y con su muerte contradice el ideal de vida eterna que se le ha otorgado. Por eso la muerte de un niño en la Modernidad, será siempre una muerte violenta que agredirá a los hombres quienes una vez más se quedan sin garantías que sostengan su anhelo de inmortalidad.

## *II. Un niño y su muerte*

El silencio es la máscara de la posición y de la función del moribundo, niño y adulto, en relación a los deseos de los vivos. Se hace insostenible cualquier diálogo auténtico; nadie es capaz de oír el testimonio del condenado, nadie puede responderle. Está condenado a un silencio oficial que prefigura el de su muerte. (8)

Con estas palabras Ginette Raimbault, expresa la común realidad que viven niños y adultos frente a su muerte. En la época moderna que Philippe Ariès ha denominado como la de la

muerte prohibida, se expresa una ilusión planteada bajo el imperativo de "Nadie debe morir". Y en esta ilusoria lucha, la mentira y el silencio rodean al moribundo:

Los que rodean al moribundo tienden a preservarlo ocultándole la gravedad de su estado; se admite no obstante que este disimulo no puede durar mucho y algún día habrá de enterarse el moribundo, pero entonces los parientes ya no se atreven a decir ellos mismos la verdad. (9)

La muerte es excluida de la vida y se pretende ahorrar a quien va a morir el encuentro finalmente inevitable con ella.

Esta actitud común frente a la muerte se encuentra fortalecida en el proceso de muerte de un niño. El silencio se apoya en la creencia de que el niño no entiende, de que el niño no sabe lo que es la muerte, de que no tiene una idea clara sobre ella. De que por falta de un completo "uso de razón" es mejor mantenerlo apartado de ella. ¿Pero, acaso el adulto sí sabe lo que es la muerte? Sabemos que no hay representación en el inconsciente para la propia muerte, pero tanto adultos como niños la intelectualizan, la imaginan, la rechazan. El niño es separado de esta posibilidad de acercarse a ella, es excluido de su propio proceso de vida y muerte y de su responsabilidad como sujeto frente a ellas.

Se levanta una muralla entre el niño y la muerte, la cual busca finalmente alejar al hombre de ella. El niño, como esperanza de vida del adulto no puede morir, no puede saber de la muerte porque la pondría de cara al adulto. Al niño entonces se le excluye de su verdad como reflejo de la supresión que el adulto hace de la suya.

El adulto no acepta el saber del niño sobre la muerte, así como durante mucho tiempo se negó su saber sobre la sexualidad. La muerte, tema que en la Modernidad ha reemplazado a la sexualidad en la lista de temas tabúes, debe mantenerse lejos del ideal de inocencia infantil como ilusión del adulto de guardar un poco su propia inocencia e ignorancia frente a una realidad ineludible.

Pero, ¿qué dicen los niños de su propia muerte? Aunque se les haya excluido de la palabra sobre esta verdad, el niño que se ve confrontado con la muerte, habla, dibuja, cuenta cuentos y en ellos intenta elaborar aquello de lo que los adultos lo alejan. Quizás a través del cuento sea más fácil acceder a la verdad.

Hans Christian Andersen, en su cuento "La niña de los fósforos" nos ofrece una bella historia que permite pensar la relación de un niño con su propia muerte.

Es esta una niña vendedora de cerillas quien, la última noche del año camina hambrienta y congelada por la ciudad nevada. Su tristeza contrasta con la alegría de la ciudad en la que se celebra la llegada del nuevo año con grandes cenas. La niña no ha vendido una cerilla en





todo el día y no se atreve a volver a casa porque sabe que será golpeada por su padre; además, la casa está igual de fría que la calle. Se acurruca entonces entre dos casas y para vencer un poco el frío enciende una cerilla. Inmediatamente fantasea que está frente a una gran estufa resplandeciente la cual se esfuma al apagarse el fósforo. Sigue encendiendo uno tras otro los fósforos y se encuentra con exquisita comida y grandes regalos de Navidad que pronto desaparecen. De pronto ve una estrella fugaz y recuerda lo que su abuela, muerta ya, única que fue buena con ella, decía: "Cuando una estrella cae, sube un alma a Dios". Al frotar un nuevo fósforo aparece la abuela esplendorosa.

Abuela, grita la pequeña, ¡Oh, llévame contigo! Sé que te habrás ido cuando el fósforo se apague (...) y restregó precipitadamente el resto de los fósforos que había en el manojito, de tal forma que no quería perder a la abuela(...) La abuela levantó a la muchachita en sus brazos y volaron en esplendor y gozo, más y más alto, adonde no había frío, ni hambre, ni miedo. (10)

A la mañana siguiente, encuentran a la niña muerta entre las dos casas, con una sonrisa en los labios y un manojito de fósforos consumidos en su mano.

La relación de la niña de los fósforos con su muerte puede leerse en términos de búsqueda de un bienestar futuro que los imaginarios que rodean la muerte le brindan. Para esta niña, la representación imaginaria es la de un lugar donde encontrará de nuevo el amor de su abuela; allí donde no hay hambre, ni frío, ni miedo. Es la ilusión de un más allá de la muerte paradisíaco donde serán compensados los sufrimientos de esta vida.

Imaginando el cuento más allá de la intratextualidad, podría pensarse que la niña de los fósforos elige la muerte porque no hay nada que la sostenga en la vida. No encuentra ese don de amor del Otro, como experiencia fundamental para un niño. Al respecto, plantea Lacan:

Esta es una de las experiencias fundamentales del niño, saber si su presencia gobierna, por poco que sea, la de la presencia que necesita, si él mismo aporta la luz que hace que dicha presencia este ahí para envolverle, si él le aporta una satisfacción de amor. En suma, *ser amado, geliebt werden*, es fundamental para el niño. (11)

La niña de los fósforos está sola y no encuentra una respuesta desde el deseo del Otro que le transmita que cuenta con alguien en el momento del temor y del peligro. Propone Héctor Gallo:

El amor no es en rigor un derecho del niño, sino una repuesta deseante que lo cubre por el solo hecho de existir, es la luz que se enciende para transmitirle un "tu no estás solo" allí donde se angustia, tiene miedo o está en peligro real o imaginario de ser devorado (...) Es posible que el niño no solamente como tal, sino en cuanto al deseo de una pareja y en suma

en cuanto a lo que le falta, no los colme hasta el punto de convertirse en el centro de sus vidas, pero al menos debe merecer por sí mismo que se le transmita un "cuenta conmigo" (12)

Esta niña no ha recibido este "cuenta conmigo", lo que hace que la vida para ella no sea el bien supremo como lo ha propuesto la Modernidad. Frente a una realidad donde no encuentra la transmisión de un deseo que la ate a su propia existencia, prefiere la muerte rodeada de un imaginario donde sueña encontrar ese amor del Otro.

Pero, a diferencia de esta niña, para muchos infantes que están próximos a la muerte, ésta se anticipa como falta de un bien insustituible para sus padres que se evidencia en la actitud que los rodea donde pasan a ser el centro de los cuidados y de las manifestaciones de amor en medio del horror que su muerte genera.

En estas distintas situaciones se evidencia cómo la sociedad Moderna ha impuesto la muerte como el peor de los males y lucha aguerridamente contra ella, pero hay experiencias particulares como la de la niña que nos ocupa para quien la tragedia consistiría en seguir con vida. Dice G. Raimbault:

El grupo social designa la muerte como el peor de los males. Al subsumir en la muerte el conjunto de los males, se los anula en su conjunto. Pero cada uno de nosotros por separado reconoce que existe, al menos para sí, algo todavía peor: la enfermedad, la exclusión, la soledad, el exilio, la locura..., en una palabra, todo lo que signifique pérdida de integridad física o mental, pérdida de estima, o de amor. "Ya no estar entero", "Ya no ser amado", entre los dos se extiende el campo de las heridas narcisistas ante las cuales se puede desear la muerte como algo dulce; puede ser preferida a cualquier herida narcisista grave. La angustia de la muerte no está vinculada a la desaparición (...) sino al ataque contra el status narcisista. "Quedarse muerto" es angustioso porque suponemos que asistimos como Sujeto a nuestra propia desaparición. No hay Sujeto de la muerte. Pero sí hay un sujeto del dolor, de la agonía, del tránsito; sujeto mutilado y sin dominio de sí. (13)

El niño sabe de su propia muerte a partir de muertes cercanas. La relación con las continuas pérdidas de la vida genera la reflexión acerca de la muerte de sí que trata de aprehenderse desde lo imaginario y lo simbólico.

En el niño, al igual que en el adulto, hay una imposibilidad de representación de la propia muerte. El encuentro de un sujeto con la inminencia de ésta, es una confrontación directa con la angustia de castración que marcó la falta en ser fundamental. La proximidad del final reedita esta pérdida primordial que lo había determinado como ser para la muerte y lo había llevado a buscar la protección del otro. La intensificación de las demandas de amor, de la necesidad de compañía y cuidados permanentes, surgen entonces como respuesta del





niño confrontado a su castración por medio de la propia muerte y quien pide que se le sostenga un poco más en la vida eludiendo el inevitable destino.

En el momento en que la muerte no se plantea como posibilidad teórica, sino que lo real del organismo se impone, la angustia de castración renovada por la presencia de la muerte, se liga a diversas situaciones relacionadas con lo que aún queda de vida. El temor aparece entonces en el dolor por no haber tenido un proyecto de vida propio; en la culpa frente al dolor de los padres; en la desesperación de haber estado muy poco tiempo en el mundo. Este miedo ante lo vivido, la culpa por lo hecho o lo no realizado, es una forma de nombrar el miedo ante la muerte; eso que se impone pero que escapa a un control y a una posible elaboración.

El niño nombra la muerte porque esto le permite pensarla; al introducirla en su universo simbólico intenta comprenderla, articularla a sus representaciones. El niño que va a morir intenta elaborar su angustia a partir de rituales, oraciones, dibujos, cuentos, en los que busca vencer el horror que la muerte, como metáfora de la castración, le produce. A pesar de esto, la muerte en tanto tal, escapa al discurso; no tiene representación significativa. Por esto, en el paciente terminal, adulto o niño, surge una contradicción que aumenta su desasosiego: no encuentra desde lo simbólico una representación de su propia muerte, pero desde lo real del organismo ésta se hace presente.

La niña de los fósforos ingresa la muerte en su mundo simbólico e imaginario. Esto le permite, a pesar de lo innombrable de la muerte real, rodearla de imágenes y significantes que la ayudan a acercarse a ella. La imagen de su abuela, el anhelo de un lugar sin miedo, la necesidad de descanso que se impone, la llevan a sumirse en un profundo sueño del que pasa a la muerte. Al respecto Maud Mannoni en su texto "Lo nombrado y lo innombrable", cita a Lacan: "La vida no quiere curarse, la vida, conjunta a la muerte retorna a la muerte. Esta vida a fin de cuentas no piensa más que en morir (o dormir). (14) Para esta niña, la muerte se vuelva tan necesaria como el sueño. Los griegos hermanaron una y otro: Tánatos e Hipnos, hijos de la noche. Esto habla del deseo inconsciente de mantener el dormir permanente. Así, encuentra la muerte como alternativa para finalizar el sufrimiento. Su anhelo frente a la muerte se une a que no encuentra ya un deseo que la sostenga en la vida.

## *BIBLIOGRAFÍA*

ANDERSEN, Hans Christian. "La niña de los fósforos". En: *La sombra y otros cuentos*. Madrid, Alianza, 1973.



ARIES, Philippe. *El niño y la familia en el Antiguo Régimen*. Barcelona, Taurus, 1989.

ARIES, Philippe. *La muerte en occidente*. Barcelona, Argos Vergara, 1977.

DÍAZ, Victoria. *Aspectos psíquicos del paciente oncológico*. Monografía de grado. Universidad de Antioquia, 1996.

FREUD, Sigmund. "De Guerra y muerte: Temas de actualidad" En: *Obras Completas*. V. II. Madrid, Biblioteca Nueva, 1984.

\_\_\_\_\_ "Duelo y melancolía". En: *Obras Completas*. V. II Madrid, Biblioteca Nueva, 1984.

\_\_\_\_\_ "Introducción al narcisismo". En: *Obras Completas*. V. II Madrid, Biblioteca Nueva, 1984.

GALLO, Héctor. "Desear un niño hoy" (Documento escrito). Maestría Ciencias Sociales y Humanas: *Psicoanálisis, cultura y vínculo social*. Junio 1998.

GONZÁLEZ, Carlos Mario. *El difícil amor*. Documento escrito. 1998.

LACAN, Jacques. "Dos notas sobre el niño" En: *Intervenciones y textos*. Buenos Aires, Manantial. p. 17.

MANNONI, Maud. *Lo nombrado y lo innombrable. La última palabra de la vida*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1991.

RAIMBAULT, Ginette. *El niño y la muerte*. Madrid, Saltés, 1975.

RAIMBAULT, Ginette. *La muerte de un hijo*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1996.

RAMÍREZ, Mario Elkin. "Comentario de las <Dos notas sobre el niño de Jacques Lacan>" En: *El Hilo de Ariadna* N.8, Asociación del Campo Freudiano de Colombia, 1995.

SOLANO, Estela. "¿Qué es un niño?" En: *Correspondencia Fundación Freudiana de Medellín*. N. 19, julio-agosto de 1992.



*Citas textuales*

1. SOLANO, Estela. "¿Qué es un niño?" En: *Correspondencia Fundación Freudiana de Medellín*. N. 19 julio-agosto de 1992.
2. LACAN Jacques. "Dos notas sobre el niño" En: *Intervenciones y textos*. Buenos Aires: Manantial. p. 17.
3. RAIMBAULT, Ginette. *La muerte de un hijo*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1996. P. 215.
4. FREUD, Sigmund. "Duelo y Melancolía" En: *Obras Completas V.II* Madrid, Biblioteca Nueva, 1981 p.2092.
5. Ibid. p.216.
6. ARIES, Philippe. *La muerte en occidente*. Barcelona, Argos Vergara, 1977, p. 55.
7. FREUD, Sigmund. "Introducción al narcisismo". En: *Obras Completas V II*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1981, p. 2027.
8. RAIMBAULT, Ginette. *El niño y la muerte*. Madrid, Saltés, 1975 p.12.
9. ARIÈS, Philippe. Op.Cit p.55.
10. ANDERSEN, Hans Christian. "La niña de los fósforos". En: *La sombra y otros cuentos*. Madrid, Alianza, 1973. p. 242
11. LACAN, Jacques. "La relación de objeto". En: *Seminario N. 4. 1956-1957*. México: Paidós, 1994 p. 225.
12. GALLO, Héctor. "Desear un niño hoy". Documento escrito. Maestría Ciencias Sociales: *Psicoanálisis, cultura y vínculo social*. Junio 1998.
13. RAIMBAULT, Ginette. Op.Cit. p. 30.
14. MANNONI, Maud. *Lo nombrado y lo innombrable. La última palabra de la vida*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1991, p.102

